

tra, aliis fama nostra. Idem, de bono viduit.

Majora sunt vulnera lingue quam gladii: gladius enim corpus interficit, animam autem non interficit. Idem, serm. ad fratres.

Hoc maxime vitio periclitatur genus humanum. S. Gregor. Hom. 9 in Ezech.

Pauci admodum sunt, qui huic vitio renuntiant, raroque inventis qui ita irreprehensibilem vitam exhibere velint, ut non libenter reprehendant alienam. S. Paulin. Epist. 14 ad Galant.

Audiendo detractorem, et non reprehendendo, maledicta ejus comprobare videtur tantquam vera. S. Ephrem, de malo lingue.

Esuriendi libido terminum habet, detrahendi libido non habet. Salvian.

Detractor paucis voluptati, nullis amori, omnibus odio est. Sidonius Apoll. lib. 3, Epist. 13.

Detrahere, aut detrahentem audire, quid horum damnabilius sit, non facile dixerim. S. Bernard. lib. 2 de Consid.

Quid aliud intendit detractor, nisi ut is, cui detrahit, in odium veniat aliorum? Idem, serm. 24 in Cant.

Véase: DEFECTOS DEL PRÓJIMO.—LENGUA.

vida, para nuestros prójimos necesitamos nuestro buen nombre.

Más fatales son las heridas de la lengua, que las de la espada; porque estas solo matan al cuerpo, mas no al alma, como hace la lengua.

El género humano está siempre en peligro de grandes desgracias á causa de este vicio (la murmuración).

Hay muy pocos que renuncien á este vicio, y no es fácil encontrar hombres, que sin dejar de reprehender con empeño los hechos ajenos, son muy descuidados en llevar una conducta irreprochable.

Dando oídos al murmurador sin reprenderle, aprobamos en cierto modo su maledicencia como digna de crédito.

La pasión de la gula tiene sus límites, pero la de la murmuración no tiene límites.

El murmurador á pocos deleita, á nadie cautiva, de todos es aborrecido.

No sabría fácilmente distinguir, entre el murmurar y oír la murmuración, cuál de las dos cosas es más digna de reprobación.

¿Qué otra cosa pretende el murmurador, sino hacer aborrecible á la persona de la cual murmura?

NECESITADOS Y NECESIDADES.

Accipit Jesus panes; et cum gratias egisset, distribuit discumbentibus.

Tomó Jesús los panes; y habiendo dado gracias, los repartió entre los que estaban sentados.

(JOHNS. VI, 41.)

Si en todos tiempos y circunstancias debemos meditar atentamente los saludables documentos, é imitar los ejemplos edificantes que se sirvió darnos nuestro divino Maestro en el discurso de su vida mortal, hay, sin embargo, ocasiones más críticas que parecen exigirlo imperiosamente. La misericordia, la caridad, y el prodigioso esmero, con que nos dice S. Juan en el Evangelio de este día, que atendió Jesucristo al remedio de las necesidades espirituales y corporales de las turbas que le seguían, admiradas al ver los repetidos y asombrosos milagros que obraba frecuentemente, para proporcionar la salud á todo género de enfermos, y el remedio á todas las necesidades; exigen con razon de nosotros, que procuremos ejercitar los actos de aquellas virtudes con un celo y exactitud proporcionados á los apuros en que se encuentran muchos de nuestros hermanos. Las necesidades que experimentan en el día, ya por respecto al cuerpo, ya con especialidad respecto del alma, son altamente acreedoras á nuestra atención. La dolorosa situación en que se hallan por disposición de la Providencia, exige del modo más imperioso que todos estudiemos, consultemos y pongamos por obra cuantos medios nos dicte la razon para suavizarla. La indigencia es muy general y desmedida; la ignorancia de las verdades de nuestra Religion sacrosanta, la relajación de costumbres, el escándalo, el desórden son demasiado comunes, cunden por todas partes.

En tan angustiosa situación, yo no encuentro otro remedio que renovar la memoria de lo que Jesucristo hizo en el desierto en obsequio de las turbas que le seguían, y excitar, á vista de tan edificante ejemplo de misericordia, á la práctica de esta excelente y recomendable virtud. Este es el fruto que producir espero, auxiliado con la gracia

del Espíritu santo, que os excito á pedirle por la mediacion de la Madre de las misericordias. A. M.

1. No hay virtud tan frecuente y enérgicamente recomendada en la sagrada Escritura como la misericordia. El libro del Deuteronomio, el de los Salmos, el de los Proverbios de Salomon, el del Eclesiástico, el de Tobías, los de los Profetas, los del antiguo Testamento, todos nos exhortan en los términos más expresos á la práctica de esta virtud; por cuya razon sería molesto, y aún casi imposible, referir los copiosos testimonios que encierran. Lo mismo digo respecto á los preceptos de ella se nos dan en el sagrado Evangelio. Nuestro divino Maestro, como que se propone inculcar sobre la obligacion de ejercer la misericordia cuantas veces se le presenta ocasion oportuna, pero siempre recordando el premio que está preparado á los que la cumplan, y el castigo á los que la desprecien: Bienaventurados, dice por S. Mateo (MATT. V, 7), los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia; dad y se os dará á vosotros con usura (LUC. VI, 38); dad limosna y atesorareis en el cielo, donde jamás falta, porque ni hay ladrones ni polilla (LUC. XII, 35); ganaos amigos distribuyendo vuestras riquezas, para que cuando fallezais, os reciban en las eternas moradas. Semejantes documentos se encuentran á cada paso en las epístolas de S. Pablo, en la de Santiago, en la de S. Juan y otras que no refiero, por no molestar vuestra atencion, y porque al mismo tiempo creo ser suficiente para convenceros aquel, en que el Juez supremo, al describir el terrible juicio que á todos está preparado, parece atribuir exclusivamente á los ejercicios de la misericordia todo el mérito para la bienaventuranza, y al defecto de aquellas obras la sentencia de eterna reprobacion (MATT. C. 25).

Para conocer la excelencia de esta virtud, bastará considerar la conducta de nuestro divino Salvador. No se satisface con exhortarnos á su ejercicio; ó por mejor decir, no juzga suficiente enseñarnos esta obligacion con solas palabras, sino que se propone darnos ejemplos repetidos, medio seguramente el más persuasivo; y aunque la humildad de condicion que para sí habia elegido en este mundo, no le proporcionaba ocasiones ni recursos con que poder manifestar su infinita liberalidad, pero la manifiesta recurriendo á su omnipotente providencia, para grabar de un modo más estable en el corazon de los hombres esta leccion importante. Por medio de milagros, llama la atencion de los cristianos y los exhorta prácticamente á la misericordia. Tres dias hacia que una multitud considerable, como admirada á vista de la prodigiosa curacion de varios enfermos, seguia con in-

decible ansia por el desierto á Jesús Nazareno, publicando su poder sobrenatural y manifestando que no acertaba á separarse de su compañía. Era tal el anhelo con que escuchaban las turbas las palabras de vida eterna, que con tanto celo les anunciaba, que quedaban como pendientes de sus labios, sin fijar su atencion en otra cosa alguna, ni aún en sus verdaderas necesidades corporales. Es verdad que, en mi concepto, era un milagro el que se olvidaran hasta del alimento necesario á la conservacion de su existencia; pero, como quiera, ellos no lo conocian, porque no paraban en él su consideracion, y era necesario hacerlo más palpable, para que fuera más edificante el ejemplo de la misericordia. Al efecto, determina el Salvador proveer á todos del oportuno sustento; pero ¿de qué manera ha de proporcionarlo en un sitio desierto, y destituido por consiguiente de todo recurso? Consulta á sus discípulos, y éstos como que forman empeño en disuadirle de aquel proyecto: ¿Qué suma tan exorbitante no era necesaria para realizarlo? *Ducentorum denariorum panes non sufficient ut modicum quis accipiat*, dice uno; doscientos denarios no son suficientes para que cada uno tome un poco: en toda la multitud, dice otro, no se hallan sino cinco panes y dos pececillos que tiene y se prestará á vender un jóven: *sed hæc quid sunt inter tantos?* Pero ¿de qué sirve tan corta cantidad para un número tan excesivo de necesitados? No de otra cosa que de estimular el hambre, en vez de remediarla.

2. En estas ingénuas y sencillas contestaciones de Felipe y Andrés, creo descubrir algunas de las vanas y cavilosas excusas que presentan tantos miserables esclavos de una sórdida avaricia, para coonestar su monstruosa insensibilidad con respecto á las necesidades de sus hermanos. *Ducentorum denariorum panes non sufficient*, suelen decir con el citado discípulo, negándose á remediar aquellas. ¿Cómo es posible atender al sostén de tantos infelices pordioseros? ¿Qué inmensos caudales no sería preciso invertir en este solo objeto? Por otra parte, ¿no sería una imprudencia desprendernos de lo que hemos adquirido á costa de tanto sudor y trabajo, de tantos sacrificios y privaciones? ¿No sería una locura negar á nuestro corazon lo que forma todas sus delicias? renunciar al fundamento de todas nuestras esperanzas? perder en solo un momento los tesoros, que no hemos logrado reunir sino despues de mucho tiempo, para dar á nuestra casa el lustre, el esplendor, la ostentacion á que ha llegado; y á nuestras familias las comodidades, la abundancia, el rango que disfrutan, y que dejarian de poseer con la pérdida de nuestros intereses? ¿Con que nosotros mismos hemos de dilapidar tan crecidas sumas en bene-

ficio de los miembros más indiferentes de la sociedad, los más inútiles, ó tal vez perjudiciales? *Est hic puer habens quinque panes et duos pisces*: yo poseo una escasa fortuna que no produce lo que es necesario para remediar á tantos; y á muy corta parte que expendia de ella, me expongo á carecer de lo que necesitaré mañana.

Estoy muy distante de creer que fuera esta la intencion de los apóstoles, puesto que el divino Maestro no les reprende; pero se dispone á convencerlos, á hacerles conocer por experiencia, que todo lo puede el que se pone en las manos de Dios. Toma en sus benditas manos los cinco panes y dos peces; levanta sus ojos al cielo; hace presente á su eterno Padre la tierna compasion que se excita en su pecho, al ver tan numerosa multitud expuesta á perecer víctima del hambre; le recuerda que la misericordia es la virtud que con mayor energía ha recomendado á los hombres; y en la segura persuasion de que abriria los tesoros de su omnipotencia, para enseñarles á vencer los obstáculos y superar las dificultades que los retraen de su ejercicio, hace sentar á los cinco mil hombres y una multitud acaso muy superior de mujeres y niños; pone en manos de sus discípulos la escasa, insignificante, casi nula porcion de alimento que se habia proporcionado; manda que la distribuyan entre todos los circunstantes, y obediendo sin réplica... ¡Qué asombroso prodigio! Á no estar tan acostumbrados á oírlo, ó mejor dicho, si el Evangelio no lo refiriera, lo tendriais por un sueño, lo calificariais de impostura, de ficcion, lo supondriais imposible. No obstante ser tan excesivo el número de personas, cada una toma cuanto quiere, sin otra medida que su voluntad ó su apetito; todos, todos sin excepcion comen en abundancia, quedan completisimamente saciados, y aún resulta sobrante mayor cantidad que la que tenían en un principio. Con solo cinco panes y dos peces se proyectó y llegó á verificarse el remedio de tantos necesitados; y aún sobra lo que eran capaces de contener doce expertas ó canastillos.

¡Hombres inhumanos, viles avarientos! ved completamente desvanecidas vuestras disculpas. No se busca una inmensa suma, basta una voluntad verdadera. No debiais temer que la misericordia es empobreciese, ó que disminuyese vuestras fortunas; ántes bien esperar confiados, que ella misma multiplicase extraordinariamente los medios de ejercerla. Esa misma Providencia que con solo hacer un milagro, acrecentó en manos de los apóstoles el pan y los peces, es la que por medios naturales multiplica en las vuestras los bienes de fortuna. No os dejéis llevar del orgullo sacrilego, de la impia persuasion, de que son debidos tales bienes á vuestros talentos, á vuestra industria y tra-

bajo; Dios, solo Dios es el dispensador de todos los bienes. Serán vuestros el fraude, el dolo, la codicia, la usura, la injusticia, con que tal vez los habeis adquirido; pero ellos, aún adquiridos por tan infames medios, solo á Dios conocen por autor, por criador, por dispensador. En manos de los apóstoles se multiplicaron los panes y los peces; mas no fueron su celo ni su trabajo causa de aquella multiplicacion; tan estupendo prodigio se debe en todo á la misericordia, á la providencia del Omnipotente. Los apóstoles sabian que aquel aumento no debia destinarse á fomentar su avaricia, su orgullo, su voluptuosidad, sino á socorrer á los necesitados, á cuyo fin se habia hecho; por eso lo reparten entre todos, sin conservar para sí sino aquello que sobró, porque no hubo quien lo quisiera.

Esta circunstancia me hace ocurrir acerca del empleo que debemos dar al sobrante de nuestros intereses. El infinitamente Santo es incapaz de concedernos el menor beneficio, el bien más insignificante, para que sirva de fomento á nuestros vicios: solo imaginarlo seria un atentado sacrilego contra la inefable bondad de Dios. El fin es, que nos sirva de materia y ejercicio de la virtud de la misericordia. *Quod superest, date eleemosynam*, nos dice (Ltc. xi, 41); repartid con generosidad entre los pobres lo supérfluo, lo que os sobre despues de llenar vuestras atenciones. Y para más excitarnos al cumplimiento de esta ley, procura aumentar, multiplicar extraordinariamente los dones del que le obedee con exactitud. Y cuidado, que no solo los multiplica en la cantidad, sino además en la cualidad y en la duracion. Por un polvo de tierra promete la inmensidad de los cielos; por una corta porcion de alimento, que puede servir para los brutos, promete toda la gloria de los ángeles; por una cosa perecedera y momentánea de que quiere nos desprendamos, nos asegura una duracion eterna en su amable compañía; por el goce de unos bienes efimeros, falsos, traidores nos ofrece el de su inmortal bienaventuranza. En vista de esto; necesitaréis que os presente más poderosas razones, para resolveros abiertamente por la práctica de tan excelente virtud?

¡Qué gloria seria para nosotros el seguir los ejemplos, que en esta parte nos han dejado tantos de nuestros venerables hermanos, cuya memoria será siempre gloriosa! No se me oculta que las circunstancias han cambiado en un todo: al paso que aumenta prodigiosamente el número de necesitados, disminuyen los recursos y las facultades. No obstante, si las presentes ocurrencias son poco favorables, para que podamos alimentar al hambriento y vestir al desnudo, son demasiado imperiosas para ejercitar otra especie de misericordia. Es indudable que hay en el dia necesidades más urgentes, más generales, sin com-

paracion más dolorosa que en épocas anteriores: por lo mismo, es también más urgente y obligatorio su remedio. Esas turbas no necesitan solo el alimento corporal; el pan de la divina palabra, el cuerpo y sangre de nuestro divino Redentor, la salud de sus almas que está pendiente de la sagrada absolución..., hé aquí lo que reclaman con más urgencia: esas son las limosnas que podemos, que estamos en obligación de darles con mano pródiga y liberal.

Concluyo pues, dirigiéndome á todo mi auditorio. Jesucristo remedió generosamente la necesidad de las turbas que le seguían, sin esperar á que uno solo se la hiciera presente. Á nosotros nos piden limosna á todas horas, en todas partes, con expresiones demasiado enérgicas, con lágrimas copiosas, capaces de enteneber el corazón más insensible. No necesitáis retiraros al desierto, ni recorrer esas infelices aldeas, cuyas chozas son otras tantas mansiones de la indigencia; fijad la vista en las calles y plazas de esta, en otro tiempo floreciente ciudad, y á cada paso tropezareis con innumerables esqueletos medio animados, cuya palidez y decaimiento nos predicán con una elocuencia en extremo persuasiva y enérgica nuestro deber en esta parte. Justo es é indispensable que nos ocupemos seriamente en un asunto, que con tan lastimero acento reclaman los derechos de la humanidad. Inútil es recurrir á la contestacion de S. Felipe: *ducentorum denariorum panes non sufficiunt*: Dios es infinitamente justo, y á nadie pedirá cuenta sinó de los bienes que en realidad le ha concedido, puesto que á todos nos dice (Jon. iv, 9): *Si multum tibi fuerit, abundanter tribue: si exiguum tibi fuerit, etiam exiguum libenter impertiri stude*: es decir, que exige de todos y cada uno de los cristianos, que compadecidos de nuestros hermanos, los socorramos en proporcion á nuestras facultades. ¿Qué satisfaccion no nos cabria, si consumidas nuestras fortunas, tales cuales sean, en el socorro de los menesterosos, nos ocupáramos todavía en proporcionar recursos de otra parte, haciéndonos mútua y seriamente la piadosa pregunta que Jesucristo hizo á su discípulo Felipe: *unde enim panes ut manducent hi?* ¡Felices entónces nosotros! Pero, ay! no nos dejemos arrebatár de lisonjeras ilusiones! ocupémonos más bien en aquellas sábias reflexiones con que S. Ambrosio nos recuerda, que la mayor locura del hombre es guardar para que consuma la polilla, el moho, y acaso el vicio, unos bienes, que por mano de los pobres pudiéramos depositar, con la mayor seguridad y tomando inmensas usuras, en el cielo. Recordemos aquellas terribles palabras que dirigirá el Juez inexorable en el más terrible de los dias al que haya permanecido insensible á la miseria del indigente: *retirate de*

mi para siempre, maldito de mi Padre. ¡Infelices los que se hallen comprendidos en tan horrenda maldicion! ¡Dichosos, por el contrario, los que merezcan oír de boca del mismo Señor, no con el acento de un juez airado, sinó de un padre tierno y cariñoso: *venid, benditos de mi Padre, á poseser el reino que os está preparado desde la eternidad, porque tuve hambre, y me alimentasteis, tuve sed, y me disteis de beber!* (MATH. XXV, 34 ET 35). ¡Mil veces felices! Estos, además de ver en esta vida prodigiosamente multiplicada la porción que han recibido y distribuido con generosidad en beneficio de la indigencia, tendrán indefectiblemente en la otra una medida de gloria, llena, apretada, colmada, de modo que rebose y se derrame por todas partes. Amen.

Véase: MULTIPLICACION DE PANES.

NIÑOS.

(SEAMOS COMO)

Nisi efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum catorum.

Si no huérais semejantes á los niños, no entrareis en el reino de los cielos.

(MATH. XVIII, 3.)

Un dia, carisimos hermanos, los discípulos de nuestro Señor Jesucristo se agrupaban en torno del Maestro. Sus corazones encerraban secretos pensamientos de ambicion. Dirigiéndose uno de ellos al Salvador, hablóle de esta manera: «Maestro, ¿quién será en el cielo el más grande de todos nosotros?» Jesús tomó uno de los niños que con tanto agrado le seguían, uno de los niños á quienes bendecía con una misericordia del todo paternal; pásosele sobre las rodillas, y enseñándolo á sus discípulos: «Si no llegais á pareceros, les dijo, á los niños, nunca tendreis lugar en el reino de los cielos.»

Hermanos míos, hoy quiero dirigiros y explicaros dichas palabras. La religion tiene muchas misiones en la tierra. No solamente debe

mostrarnos el cielo y abrimos el camino que á él nos conducirá; no solamente debe alejar de nosotros los obstáculos que pudieran impedirnos llegar á tan dichoso fin; la religion, para cumplir enteramente su mision, debe penetrar en el seno de la familia, debe penetrar en lo más íntimo de nuestra conciencia para corregir todo lo que no se ajusta á lo verdadero y á lo bueno. Como un hábil artista toma una piedra, y con el cincel y el martillo la labra, hasta que pueda tener honrosa cabida en el monumento que la espera, así la Iglesia entra en lo más íntimo de nuestra conciencia, rompe, limpia, labra y pule nuestro carácter y humor, para que todos los que se acerquen á nosotros solo sientan suaves efectos de nuestro trato.

Hé aquí, amados hermanos, la enseñanza que hoy voy á ofrecerlos. Tomaré las palabras de nuestro Señor Jesucristo: «Si no llegais á pareceros á los niños, no entrareis en el reino de los cielos;» y apoyándome en estas palabras, trataré de mostraros en la infancia cristiana algunas virtudes enteramente humanas, si quereis, pero virtudes muy importantes y dulces del cristianismo. Eso será uno como estudio de vuestras costumbres; y parece que el discurso que vamos haciendo presenta un doble resultado: en primer lugar, os enseñará, amados oyentes, á amar aún más y á respetar la niñez, tan digna de vuestra veneracion; en seguida, os enseñará tambien á modelar vuestra conducta sobre la del niño, á fin de que un dia podais participar de los goces de la eternidad. Pidamos antes los auxilios de la gracia. A. M.

4. El Señor ama á los niños, gústale servirse de ellos como de instrumentos para su providencia. ¿Y por qué, cristianos? Porque sin duda halla en los niños las virtudes que más le gustan; halla la obediencia más completa, el obediencia de sí mismo; halla el instrumento que necesita para hacer grandes cosas. No extrañeis, pues, carísimos hermanos, que para mostraros vuestra vida tome tambien un niño; que como Jesucristo le coloque, por decirlo así, en esta cátedra de verdad; y que os diga: Si no llegais á pareceros á este niño, no tendreis lugar en el reino de los cielos.

¿Cuáles son pues las virtudes del niño, sus virtudes más notables, las cualidades que le recomiendan á nuestro amor y admiracion? ¡Ved qué serenidad, qué calma en todas sus facciones! En sus penas y en sus placeres, ¿no hay algo que os encanta y atrae? Ese niño es hermoso; es hermoso de cuerpo: hay en él nobleza y distincion; pero lo más hermoso que tiene es su alma. Ese niño es inocente, tiene su pureza primitiva; ese niño no tiene mancha alguna, é ignora lo

que es el vicio; sus lábios no saben siquiera pronunciar su nombre. Esa es la hermosura del niño; eso es lo que os hace admirarle. Tal es la flor que se abre por la mañana: aún no ha visto más que los primeros albores de la aurora; el sol no la ha abrasado con sus ardores; la brisa no la ha traído el polvo que va á mancharla; su perfume es entero, como su frescura. Tal es el niño: su virtud no ha sido aún manchada al contacto del vicio; él no ha conocido aún la astucia, la habilidad del mundo; no posee ese conocimiento fatal, esa curiosidad que nos arrebatá y en breve nos amancilla. El niño es perfectamente puro; es puro de cuerpo, puro de entendimiento, puro de corazón. Por eso todos le acarician y recogen sus palabras con una especie de respeto, de veneracion!... Más que de un santo, es la palabra de un ángel.

El niño es puro y santo, no porque conozca los combates, las luchas; su privilegio es no tener que luchar; su privilegio es su inocencia. No tiene el mérito del heroísmo, del combate y de la victoria; pero tiene otro heroísmo que place más al Señor; tiene el heroísmo de su corazón, de su amor, que se eleva á Dios con una vehemencia que aún nada ha podido quebrantar. Ved ahí lo que le hace extremadamente agradable al Señor. Ved ahí tambien, porque Jesús quiso tener por primeros testigos de sus verdades niños mártires, niños que se llevaba consigo al cielo.

Mira, madre cristiana, mira al niño que diste á luz, que estás haciendo, en quien has puesto todas tus esperanzas. Tú le amas como madre, según la naturaleza; ámale tambien como madre, según la gracia; ámale, no solo por el bien que puede hacerte, no solo por el consuelo que puede darte, no porque en sus facciones veas con orgullo retratadas las tuyas; ámale, madre cristiana, porque es la imagen de Jesús: ámale, porque en él está la pureza, la santidad de nuestro divino Maestro. Ama á tu hijo, pero vigílate. ¿Y por qué en este siglo ha de ser tan breve la infancia?

¿Qué hemos hecho, hermanos míos, de la inocencia que Jesucristo nos había dado, de la inocencia tan admirablemente reparada en el bautismo? ¿Dónde está la dichosa sencillez de los primeros tiempos? ¿Dónde la dichosa ignorancia del mal? ¡Ah! ahora corremos en pos del mal, que para nosotros tiene ilusiones que nos arrastran. Todo queremos saberlo, todo probarlo, y no estamos satisfechos sino cuando hemos bebido la rebosante copa de las venenosas doctrinas y de los ejemplos de la tierra. Preguntad sinó el secreto de tal ó cual ilusion, de tal ó cual alegría: es un libro, una conversacion, una palabra no comprendida y luego explicada, poca cosa; y todo eso ha

producido empero la perdición de un alma. Creedme, cristianos, no hemos de saber tanto en la tierra, no hemos de conocer tanto; conozcamos á Dios, Criador nuestro, conozcamos nuestra alma y su gran precio en presencia del Señor, conozcamos nuestros deberes de sociedad, de familia, de religion. Paréceme que hay en esto vasta materia para la ambicion de nuestro corazon. Conozcamos todo eso, practiquémoslo con perfeccion, y el mundo nos admirará, nos amará; guardemos tambien la hermosa flor de la inocencia, y el Señor se complacerá en premiarla.

2. El niño es puro, y porque es puro é inocente, es al mismo tiempo sencillo y franco. La franqueza y la rectitud son tambien otro hermoso privilegio de la infancia. El niño no conoce los caminos ocultos para ir á su objeto. Lo que desea lo pide y lo hace sin rodeos. El niño no conoce los medios solapados, tampoco sabe mentir, como que no le ha sido dada la palabra para disfrazar su pensamiento; dice lo que piensa, pide lo que desea, sencillamente, con afán á veces, pero siempre con ingenuidad, rectitud y candor. En el mundo, ¿qué vemos en torno nuestro? ¿Dónde está ese candor, esa rectitud? Ahora en el mundo, para medrar, es preciso renunciar á estas virtudes. No se conoce la sencillez. La sencillez de costumbres es considerada como ignorancia, como debilidad, como alguna cosa peor todavía... La sencillez y la rectitud... ¿quién pues las quisiera en la tierra? El hombre se ha creado una ciencia en el mundo, una habilidad, una detestable ciencia, una detestable habilidad, de no ser jamás el mismo. El Señor ha encendido en nuestra frente dos luces, y la habilidad consiste en hacer que estas dos luces despidan una falsa claridad; el Señor ha puesto tambien en nuestra frente como el testimonio de lo que pasa en nosotros mismos, y la habilidad del mundo consiste en anular este testimonio. La habilidad del mundo consiste en componerse un rostro, en tomar una máscara en la cual nadie pueda leer. ¡Qué de pasiones, qué de tempestades, qué de ambiciones ocultas bajo esa máscara! En el exterior no se siente nada, nada se piensa, sino lo que se quiere aparentar que se siente y piensa. ¡Ese es el hombre perfecto, civilizado! ¡Desgraciados de nosotros, hermanos míos, si para hacer algunos adelantos en la civilizacion, en la ciencia humana, nos viésemos obligados á perder la rectitud, la sencillez de la primera edad, de que Dios ha dotado nuestra alma!

Vosotros, carísimos hermanos, sois cristianos ante todo, y ante todo tenéis que salvar vuestra alma; debéis hacer lo que hizo el divino Salvador en la tierra, debéis dar el buen ejemplo de las virtudes cristianas; sed francos, sed rectos, y obtendréis ya en la tierra parte del

premio que os espera; pues seréis pagados por la estimacion y conflagra de vuestros hermanos.

El niño es inocente y franco; con estas dos cualidades, yo no concibiera que el niño, en general, no fuese dócil. Es como la cera blanda que el obrero pule, dándole la forma más bella y graciosa. Es dócil á vuestra enseñanza, á vuestro mandato; es dócil y complaciente; prestaráse gustosamente á vuestras alegrías y placeres, y participará con igual facilidad de vuestro sentimiento. Este es tambien un ejemplo que se nos dá á nosotros, una gran leccion que hemos de aplicar á nuestra conducta: seamos dóciles y obedientes.

Sometámonos desde luego á las enseñanzas de la Iglesia. La Iglesia no pasa, nó; la Iglesia es la verdad que subsiste hasta el fin de los siglos. Aunque lanceis contra ella el ridiculo y la blasfemia, la Iglesia proseguirá su gloriosa carrera al través de los siglos; la Iglesia existia ayer, existe hoy, y existirá mañana. Ella reclama vuestro respeto, y contra ella solo puede levantarse la pequeñez; hay pues que doblegarse bajo la enseñanza de la Iglesia, recibir con amor esta enseñanza y grabarla bien en el corazon. Lo que la Iglesia enseña no es una utopia, un error; lo que pronuncia es la verdad absoluta, la verdad de Dios, la verdad fuera de la cual no hay salvacion. Sed dóciles á las enseñanzas de la Iglesia; pero, sello tambien á sus mandamientos. Sed dóciles, no exteriormente, no en palabras, diciendo: Quiero respetar la disciplina de la Iglesia y lo que ella manda; sino sed tambien dóciles en la práctica.

Hay, en fin, en el niño una cuarta virtud. Bello es para el niño ser inocente, bueno es para el niño ser recto, franco, sencillo, obediente; pero ¿quereis que os diga mi pensamiento por completo, que os haga leer en mi corazon? Hay una virtud, una cualidad que amo aún más en el niño, una virtud que envidio, una virtud que me parece prenda de la felicidad en la tierra: es la amable indiferencia de la niñez. El niño no tiene penas duraderas; el niño no tiene ambicion, ni piensa en el día siguiente; pertenece del todo al día, al momento que posee. Su corazon está completamente tranquilo y su frente siempre serena. Me equivoco; tiene algunas penas, y, á veces, veo una lágrima que humedece su párpado como una hermosa perla en el fondo de su encarnada concha; pero, esa lágrima pasa, pronto está enjugada. El niño se echa á los brazos de su madre, y un tierno beso le hace olvidar todas sus penas. ¡Dichoso niño, que así se consuela!... El niño pertenece del todo á su placer. Gústame ver la grave formalidad con que se entrega á sus menores diversiones. El hombre de Estado no se dedica á sus negocios con más gravedad que el niño... Obremos pues

con igual formalidad en los casos más importantes de la vida. El niño vive en una completa indiferencia, y esta es de seguro su mayor dicha.

¿Por qué esa indiferencia? se me dirá. ¿Acaso vamos á predicar en esta cátedra la indiferencia de las almas gastadas que han buscado los placeres y la felicidad, y que no habiéndolos hallado, se sienten desesperados de no poder alcanzarlos y dicen: Voy á cruzarme de brazos y veré hacer? No, hermanos míos, no os predicamos esa indiferencia, que es la hajeza, la degradacion de la humana dignidad. ¡Oh! ¡cuán fuerte es el que confía! El niño cree en su madre, el niño espera en su madre, el niño descansa enteramente en su madre. Tomad al niño educado en las últimas clases de la sociedad: si algo desea, á su madre lo pide. No conoce la miseria. Tranquilo al lado de su madre, no teme peligro alguno. Y si llega á faltarle su madre, todo le falta. Ved al niño que no ha conocido jamás la sonrisa maternal: le falta algo, no es fuerte como otro niño. Terminaré pues, diciéndoos: Tened la indiferencia del niño.

A veces os reis de ese niño y de su formalidad cuando se divierte. Pues; acaso no podríamos tambien reirnos de vuestras diversiones? ¿Qué haceis durante toda vuestra vida, sinó entreteneros con juguetes? Jugais con el viento, jugais con una sombra, con un poco de polvo; permitidme que os lo diga, en este concepto sois como niños grandes. Imitad pues á lo ménos las virtudes de la infancia. No os apesadumbreis, no os inquieteis. ¿Qué importa que disfruteis de alguna consideracion, de algunos honores, de alguna comodidad? Juegos de niños, vano humo, polvo que el viento arrebatada y de que mañana ya no quedará rastro. Tened confianza, no claveis siempre los ojos en la tierra; pensad que Dios os ve desde las alturas. Vosotros tambien tenéis una Providencia: tened confianza en esta madre, y nada temareis. «Los que confían en el Señor son como una montaña firme.» Este es el gran sentimiento que debemos inspirar á nuestra alma.

Tal vez, hermanos míos, os parezcan pequeñas las virtudes que sucintamente os he expuesto; tal vez no os parezcan dignas de vuestra atencion; tal vez os repugna volveros niños. Si así es, permitid que os lo diga, estas virtudes que tan pequeñas os parecen, son precisamente las que constituyen la caridad, y la caridad, hermanos míos, es la cúpula del edificio cristiano; la caridad debe conducirnos al cielo. Pareceis pues á los niños, carísimos hermanos; que nuestro corazon no guarde hiel ni amargura; no os afaneis en pos de los bienes terrenos. Sed rectos y sinceros, obrad en todo con franqueza.

Quizás sufráis en la tierra algunas tribulaciones; pero en el cielo hallareis al Dios niño, al Dios justo con sus eternas recompensas. Os deseo esta gracia.

NIÑOS (Deberes de los); véase: HIJOS (Deberes de los).

NOVEDAD.

O Timothy, depositum custodi, devitans profanas novitates.

O Timoteo, guarda el depósito de la fe, evitando las novedades profanas.

(1 Timor. vi, 20.)

No ha habido siglo en que no se haya clamado contra el amor á la novedad, ni en que la novedad no haya sido la pasión favorita del género humano. Ora sea porque, habiendo nacido para la verdad, y habiéndola perdido por el primer pecado, nos vemos condenados á buscarla, y rara vez la encontramos, de lo cual resulta que nos parece que todo lo nuevo será lo verdadero; ora que, para establecer entre los hombres cierto género de igualdad que los equilibre el disgusto y el placer, estampase el autor de la naturaleza este amor en el corazon del hombre; lo cierto es, que el amor á la novedad es una pasión que á todos nos domina. A él somos deudores de muchas cosas útiles. Este amor elevó á los hombres á la cumbre de la urbanidad, á la finura del trato dulce y afable, á la belleza de las costumbres, y á una comunicacion culta y social. Por él han progresado las artes y las ciencias hasta tal punto, que nos admiran y deleitan. Nunca estuvo tan civilizado el mundo, ni abundaron tanto las comodidades de la vida; y todo lo debemos al amor á la novedad que sutaliza el ingenio y le hace obrar tales maravillas. Pero, si hay algunas novedades buenas, razonables y útiles, existen tambien otras perversas y perjudiciales.

La Iglesia mira con horror ciertas novedades; y la experiencia ha enseñado, que cuando un pueblo entra en el período de su decadencia,